Boletin de Noticias NS

NSDAP/AO : PO Box 6414
Lincoln NE 68506 USA
www.nsdapao.org

#1162 22.06.2025 (136)

Hitler en guerra : ¿Qué ocurrió *realmente*?

por A.V. Schaerffenberg

Parte 9

Capítulo 8:
Victoria en Occidente

"Una filosofía sólo conducirá su idea a la victoria si reúne en sus filas a los elementos más valerosos y enérgicos de su época y de su pueblo, y los pone en las formas sólidas de una organización combatiente."

Adolf Hitler, *Mein Kampf,* volumen 2, capítulo V.

Las fuerzas de la Wehrmacht estaban llevando a cabo operaciones de limpieza en Noruega cuando comenzó la Ofensiva Occidental Hitler-von Manstein el 10 de mayo. Un avance alemán a través de las Ardenas atraía especialmente a Hitler, porque no pasaba por los Países Bajos. Contrariamente a los historiadores convencionales, no estaba interesado en acumular propiedades en el extranjero, sino que quería confinar y poner fin al conflicto lo antes posible para evitar que se extendiera. En sus directivas de guerra emitidas a todos los comandantes de la Wehrmacht

en el Frente Occidental durante meses antes del inicio de la campaña de 1940, el Führer recalcó una y otra vez que no se debía permitir ninguna violación de los países neutrales. En su primera directiva para la conducción de la guerra, declaró que "las garantías de neutralidad dadas por Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Suiza deben ser meticulosamente observadas". En su Segunda Directiva, ordenó que "las entradas al Báltico serán minadas sin infringir las aguas territoriales neutrales" (38, 41). Más tarde recalcó a la Kriegsmarine: "La neutralidad de todos los estados neutrales debe ser plenamente respetada" ("Top Secret, Officer Only, C.-in-C., Navy, Berlin, 4 August 1939"). Estas directivas eran órdenes militares de alto secreto que se hicieron públicas por primera vez mucho después del final de la guerra (en 1964).

En agudo contraste con el escrupuloso respeto de Hitler por la soberanía de las naciones neutrales en la periferia de la lucha, los comandantes aliados planearon ocupar Bélgica con las Fuerzas Expedicionarias Británicas dirigidas por el general Lord Gort y el XVI Cuerpo francés dirigido por el general Fagalde al menos el 24 de octubre de 1939. El llamado Plan Dyle derivaba su nombre de un río donde el ejército de Gort planeaba enlazar con las fuerzas belgas frente a Amberes. Esta "instrucción personal y secreta" (Innes, 117) se transmitió al cuartel general supremo belga, donde sus mandos apoyaron incondicionalmente la violación de la neutralidad de su propio país. Con el visto bueno del rey belga Leopoldo III, el general Georges, en representación del Alto Mando francés, "convirtió el Plan Dyle provisional en una orden definitiva" el 14 de noviembre (ibid). Cuando Hitler se enteró de la traición belga, ordenó inmediatamente a su Wehrmacht que se preparara para la toma de los Países Bajos antes de que pudieran unirse a los ejércitos anglo-franceses. Las autoridades democráticas de estas pequeñas naciones esperaban beneficiarse de una victoria aliada; concretamente, del fácil robo de nuevos territorios a expensas de Alemania del Norte para acomodar a sus florecientes poblaciones.

Una vez frustrado el intento de Inglaterra de apoderarse de Noruega, la otra amenaza de los Aliados a través de los Países Bajos tenía que ser aniquilada no menos a fondo. En consecuencia, a las 05.45 horas del 10 de mayo, justo dos horas antes de que las fuerzas británicas y francesas se dirigieran a los Países Bajos, aviones de guerra de la Luftwaffe atacaron aeródromos en Bélgica.

Con mucho, el mayor obstáculo para la ofensiva de Hitler era el Eben Emael belga, la fortificación más poderosa y tecnológicamente avanzada de la Tierra. Considerada universalmente en círculos militares como "inexpugnable", no sólo era la clave de las defensas de Lieja, sino de toda la Campaña Occidental. Su mera existencia había convencido a prácticamente todos los generales -alemanes y aliados- de que rompería o empantanaría la ofensiva más dura lanzada contra ella. La

posición dominante y subterránea de Eben Emael era inexpugnable para las fuerzas terrestres incapaces de sortear el fuerte, y sus búnkeres eran absolutamente impermeables a las mayores bombas aéreas, incluso a los proyectiles de artillería pesada. Dominaba por completo el eje estratégico de la ofensiva hitleriana en la intersección del río Mosa y el canal Albert. Las esclusas de este canal eran controladas por observadores en la plaza fuerte. La propia existencia de la fortificación belga había sido citada por los estrategas del Estado Mayor alemán contra el plan de von Manstein. Sin duda, las fuerzas convencionales nunca podrían pasar Eben Emael.

Una vez más, el Führer buscó a un hombre que había sido relegado a un segundo plano por los superiores del Alto Mando del Ejército por sus ideas innovadoras. El general Kurt Student creía que se podían tomar por sorpresa defensas extraordinarias con una pérdida mínima de vidas mediante el aterrizaje inadvertido de soldados en planeadores. Hitler se reunió con Student y elaboraron los detalles de un ataque con planeadores al amanecer en Eben Emael. Tan importante era este asalto proyectado que el Führer pospuso toda la Ofensiva Occidental hasta la captura del fuerte, de la que, de hecho, dependía toda la Campaña.

A 7.500 pies, los inimitables Ju 52, que remolcaban 39 DFS 230, soltaron sus cargas con alas de madera y dieron media vuelta en la frontera alemana, lo que permitió a los planeadores -cada uno de los cuales transportaba ocho paracaidistas fuertemente armados y expertos en explosivos- aterrizar en puentes a lo largo del río Mosa y el canal Albert, incluido Eben Emael, en total silencio. El desembarco fue impecable y pasó totalmente desapercibido para los defensores. Aunque les pilló por sorpresa, contraatacaron con gran ferocidad y habilidad. Pero para cuando se recuperaron del shock de enfrentarse a soldados alemanes en el mismo tejado de su invencible fuerte, los paracaidistas habían derribado dos cañones de 120 mm y nueve cañones de 75 mm; en otras palabras, toda la artillería de la parte superior del fuerte. En 24 horas, el bastión supuestamente "inexpugnable" de 700 soldados de élite había caído ante 70 tropas planeadoras, que perdieron seis muertos y veinte heridos. A través de una inmensa brecha en las defensas aliadas dejada por la caída de este bastión más poderoso del mundo, la ofensiva de la Wehrmacht inundó Bélgica.

Mientras tanto, otras tropas planeadoras capturaron rápidamente los puentes de Veldwezelt y Vroenhaven, por los que irrumpieron las fuerzas alemanas. Hitler, el General Student y sus paracaidistas lograron un milagro militar sin precedentes; la acción más importante de toda la Campaña, y una de las victorias más grandes y singulares de los anales de la guerra. En palabras *de The Marshall Cavendish Illustrated Encyclopedia of World War Two* (p. 141, Vol. I), "No se había tenido en cuenta la capacidad imaginativa de Adolf Hitler, que se había interesado personal-

mente en la planificación de la captura por sorpresa de los puentes del Canal Albert, a pesar del escepticismo de la O.K.W.".

En sólo una semana, los ejércitos británico y francés fueron expulsados de Bélgica. Totalmente desprevenidos por la inesperada capitulación de Eben Emael, los ejércitos aliados retrocedieron a trompicones para refugiarse detrás de otra fortificación que consideraban invulnerable: la Línea Maginot. La misma mentalidad de la Primera Guerra Mundial que dominaba el Estado Mayor alemán fosilizó la estrategia francesa. Pero el Führer miró más allá de sus anticuadas convenciones. De acuerdo con el plan que elaboró con von Manstein, su Luftwaffe barrió los cielos de la aviación enemiga mientras machacaba a las fuerzas terrestres aliadas, que simultáneamente eran salvajemente atacadas por los Panzer, luego arrasadas por la artillería móvil y pulidas por la infantería. El espíritu de cooperación nacionalsocialista había coordinado a la perfección todos estos elementos de la batalla en una Blitzkrieg continua, rápida y siempre en movimiento, que mantenía al enemigo en inferioridad numérica.

Cada vez que los franceses o británicos intentaban resistir, recibían golpes contundentes, tras lo cual los alemanes se apresuraban hacia el siguiente objetivo, sin dar tiempo al enemigo a respirar, y mucho menos a responder. La velocidad y el salvajismo de estas tácticas pronto desconcertaron a las fuerzas aliadas. El 20 de mayo, sólo diez días después del comienzo de la ofensiva, las fuerzas terrestres francesas y británicas estaban divididas en dos. Las tornas habían cambiado. A su favor, cuando la guerra empezó a ir en su contra, intentaron valientemente recuperar la iniciativa perdida improvisando una poderosa contraofensiva contra la 7ª División Panzer, que casi había llegado al final de sus suministros avanzando hasta Cambrai. Los mandos aliados comprendieron la precaria posición de los Panzer y, pensando con rapidez, lanzaron dos nuevos batallones de tanques británicos y franceses cada uno, superando seriamente en número a los alemanes, escasos de municiones, y amenazándoles con la aniquilación. Cerca de Arras, los tanques franceses Char B sorprendieron a los blindados alemanes a corta distancia, destruyendo a corta distancia los Panzer Mark IV, tres de los únicos tanques pesados de la Wehrmacht.

El golpe aliado podría haber tenido éxito si el 7º de Panzers no hubiera estado dirigido por un hombre que más tarde se haría famoso en el norte de África: el general Erwin Rommel. Hizo un simulacro de retirada. Cuando los franceses le siguieron alegremente, de repente hizo girar su blindaje sobre ellos, ensangrentó y detuvo su avance, y luego dispersó a los sorprendidos británicos, que supusieron que estaba evacuando Cambrai. Cuando una de sus columnas fue retenida en un pueblo por veinte tanques pesados franceses, ordenó a un solo Panzer IV que sorprendiera a la retaguardia enemiga. Su tripulación se abalanzó sobre el enemigo

disparando furiosamente su cañón de 75 mm a bocajarro, derribando 14 de los grandes Char Bs en unos veinte minutos y obligando al resto a rendirse. Ni una sola vez en toda la Campaña los Aliados habían logrado algo que se aproximara a una acción tan espectacular. Aunque cada uno de sus Panzer se enfrentaba a cinco enemigos, Rommel se enfrentó a los Aliados el tiempo suficiente para la llegada de los bombarderos en picado Stuka, que arrasaron todos los tanques franceses e ingleses sobre el terreno.

Al día siguiente, 21 de mayo, la ofensiva alemana se dirigió hacia el norte, hacia los puertos de Boulogne y Calais, en el Canal de la Mancha, para cortar toda ayuda procedente de Gran Bretaña. Conscientes de su importancia, los soldados de la B.E.F. emprendieron una desesperada defensa que duró cinco días de intensos bombardeos y ataques aéreos. Con la caída de estas ciudades portuarias vitales, los Aliados montaron otra contraofensiva numéricamente abrumadora en la que participaron fuerzas británicas y el Primer Ejército francés que avanzaba desde el norte, mientras que el Séptimo y el Décimo Ejércitos franceses atacaban desde el sur; en medio se encontraba el grueso del blindaje alemán. Otros *Spitfires* y *Hurricanes* de la R.A.F. volaron desde sus bases inglesas para dar cobertura a los Dewoitines, Blochs y Morane-Saulniers franceses. Mientras los Messerschmitts se enzarzaban con ellos en los cielos, los bombarderos en picado Stuka desbarataron el contragolpe franco-británico, que fue pulverizado aún más por la artillería pesada y luego recibió el *golpe de gracia* de la infantería. La retirada franco-británica se reanudó, esta vez en dirección a París.

Pero la causa aliada aún no estaba perdida. Numerosos ejércitos franceses seguían intactos con todas sus municiones y suministros, mientras que la fuerza Panzer, después de dos semanas de incansable conducción y lucha, se había reducido al 30%. El general Maxime Weygand, al mando de todas las fuerzas aliadas, estaba a punto de lanzar un asalto total para la reconquista de Cambrai, donde no se podía esperar que las débiles defensas alemanas resistieran a las ocho divisiones aliadas lanzadas contra ellas. Sin embargo, para que la operación tuviera éxito, era esencial la ayuda de las fuerzas terrestres británicas, especialmente tanques, y, lo que era más importante, el apoyo de la RAF. El ataque de Weygand auguraba el éxito y, de hecho, ya estaba en marcha, cuando, para su asombro, los británicos dieron media vuelta y huyeron hacia Dunkerque. El general Lord Gort, al mando de la B.E.F., había recibido órdenes personales del nuevo Primer Ministro, Winston S. Churchill, de abandonar a sus aliados franceses y belgas sobre el terreno sin notificárselo. La ofensiva de Weygand fracasó y el destino de Francia quedó sellado. Churchill condenó a viva voz al rey Leopoldo como "un traidor", a pesar de que el monarca se lo notificó cinco días antes de que Bélgica se rindiera; eran cinco días más de antelación de la que los británicos dieron a sus aliados continentales.

El 5 de junio comenzaron las operaciones de la Wehrmacht contra las fuerzas aliadas que quedaban en el sur. Al día siguiente, las fuerzas alemanas atravesaron el bajo Somme, alcanzando el río Aisne, y poco después derrotaron a los decididos soldados del Décimo Ejército francés (al que los alemanes rindieron un homenaje especial por su desesperado valor tras el armisticio). Se les unieron los soldados de infantería de la 51ª División británica de las Highlands, que, aislados de sus compañeros de Dunkerque, huyeron a San Valerio con la esperanza de ser evacuados de la misma manera. No tuvieron tanta suerte y se rindieron el 12 de junio. Días antes de estos calamitosos acontecimientos, los desventurados soldados de Lord Gort se agolpaban en las playas de Dunkerque: 220.000 de ellos, junto con 120.000 franceses y belgas. Los Panzer corrieron hacia los acantilados dominando a los desmoralizados Aliados agazapados en la arena.

Los comandantes alemanes estaban a punto de darles un ultimátum que no podían rechazar: rendirse o ser aniquilados, cuando una directiva del Führer ordenó a sus fuerzas detener el fuego para que los aliados pudieran evacuar. Todos los hombres de la Wehrmacht estaban atónitos de incredulidad. Como explicó al líder belga de las SS, Leon DeGrelle, cuatro años más tarde, Hitler dejó marchar a los británicos en Dunkerque, porque en aquel momento aún alimentaba esperanzas de su amistad y cooperación: "Forzando su rendición o aniquilación, nunca habrían podido negociar". Dejándoles marchar a casa, las autoridades y el propio pueblo británicos entenderían adecuadamente su gesto por lo que era: un paso sincero hacia el fin de la lucha y el comienzo de la reconciliación.

En su lugar, Churchill y sus propagandistas dieron la vuelta a la increíble oferta de Hitler, históricamente única por su generosidad. Su intento de paz fue retratado como una derrota provocada por su incapacidad para aplastar a los soldados ingleses, incluso en plena retirada. De este modo, la moral británica en casa se endureció, porque los alemanes fueron representados como frustrados y derrotados. Al engañado pueblo británico nunca se le permitió enterarse de que sus hijos, maridos, padres y hermanos se habían salvado, no gracias a una flotilla improvisada de yates que cruzaron el Canal, sino por la negativa del Führer a derramar más sangre aria en una guerra provocada por los judíos.

El llamado "Milagro de Dunkerque" fue enteramente obra de Adolf Hitler. Por muy noble que fuera su gesto, las autoridades de Londres lo desaprovecharon por completo. Los más de medio millón de soldados enemigos a los que perdonó la vida en 1940 no apreciaron lo que había hecho por ellos, gracias a la hábil propaganda que Churchill y otros hicieron de ellos. Hubiera sido mejor masacrarlos a todos hasta el último hombre, que intentar enviarlos a casa como emisarios de su buena voluntad, algo que eran incapaces de comprender.

En cualquier caso, tal aniquilación no habría sido necesaria. Si se les hubiera

dado la oportunidad de rendirse honorablemente en una situación totalmente desesperada a la que se enfrentaban en las playas de Dunkerque, Lord Gort y su B.E.F. se habrían visto obligados a deponer las armas, al igual que sus camaradas de la 51ª División de las Highlands en una situación similar en St. El principal historiador militar inglés, Sir Basil Liddell Hart, dijo de Dunkerque: "Nunca hubo un gran desastre más evitable" (Walsh, 42). Mientras Churchill lo negaba en público, convirtiendo la ignominiosa retirada de Dunkerque en un triunfo británico, en privado lo describió como "un colosal desastre militar" (ibid, 43). El general Ironside, jefe del Estado Mayor Imperial, confió a Anthony Eden: "Este es el fin del Imperio Británico" (ibid).

Menos de dos semanas después de que el último Tommy volviera a casa, las fuerzas alemanas entraron en París. Como ocurrió antes en Varsovia, los políticos responsables de declarar la guerra al Reich huyeron, dejando a su propio pueblo a la deriva de la derrota. Philippe Petain, el venerable héroe y general de la Primera Guerra Mundial, formó un nuevo gobierno, que aceptó un armisticio el 25 de junio. Petain fue una sabia elección, porque el Führer le respetaba; de ahí que los términos de la rendición fueran indulgentes, como demostró el generoso trato de Hitler con la flota francesa. Como incluso los hostiles autores de un libro de Time-Life (*The Luftwaffe*, p.44) tuvieron que admitir, "Las dos campañas --en Escandinavia y un mes después a través de las llanuras de Europa occidental-- estuvieron entre las operaciones militares más brillantes de los tiempos modernos". Si es así, su éxito se debió abrumadoramente al genio imaginativo de Adolf Hitler y al Estado nacionalsocialista que creó. Ninguna otra nación en la historia, superada en número e incluso a menudo en clase tecnológica, podría haber derrotado completamente a tan poderosos oponentes en tan corto espacio de tiempo. Nunca había ocurrido nada comparable.

La Campaña en el Oeste fue ganada por la audacia y el estilo del Führer, expresados principalmente a través de sus hombres de las SS, cuyos logros decisivos en combate fueron rechazados por los esnobs aristocráticos del Estado Mayor alemán. Sin embargo, las tropas *del Leibstandarte Adolf* Hitler (Guardaespaldas de Adolf Hitler) se apoderaron de los estratégicos canales holandeses antes de que pudieran ser volados, haciendo así posible la *Blitzkrieg*. Tomaron Rotterdam en tres días y encabezaron toda la ofensiva avanzando 120 millas a través de territorio francés en 24 horas. Tras capturar el Somme en un avance relámpago, el Regimiento SS *Totenkopf* ("Cabeza de muerte") abrió el camino a París. Gracias en gran medida a su incomparable soldadesca, el joven espíritu de la hombría aria aplastó el viejo mundo de la democracia judía en los campos de batalla de Francia. Los Aliados -todos sus combatientes y trabajadores de fábrica- habían sido los patéticos engañados de las agendas judías que no tenían nada que ver con "salvar a

Polonia", "defender a los estados neutrales" o "detener la conquista mundial nazi en Francia". Estos eran los shibboleths transparentemente obvios diseñados emocionalmente para el consumo gentil.

Aún presentado como una "tragedia" por los historiadores de la corte y los propagandistas de los medios de comunicación, el éxito de Hitler fue en realidad el triunfo de la organización nacionalsocialista y de su superior capacidad de combate sobre los esbirros engañados y los enanos ideológicos de los estados judíos empeñados en el suicidio racial. La Campaña del Oeste demostró que una banda de combatientes totalmente arios y conscientes de su raza puede derrotar a un enemigo numéricamente superior y racialmente mixto, como los británicos, franceses y holandeses, con sus tropas coloniales de color de la India, Senegal e Indonesia.

¡El NSDAP/AO es el mayor suministrador mundial de propaganda Nacional Socialista!

Revistas impresas y online en muchas lenguas
Cientos de libros en casi una docena de lenguas
Sobre 100 webs en docenas de lenguas